

DEMOCRACIA Y COMPETENCIA CÍVICA EN TIEMPOS* DE ECONOMÍAS POSNACIONALES

Delia Albarracín
UNCuyo, Mendoza
e-mail: delialba@uncu.edu.ar

En las últimas décadas del siglo XX la democracia consolidó ampliamente su legitimidad frente a otras formas de gobierno. Sin embargo las dificultades de los países para afrontar los problemas económicos que trae aparejados el capitalismo tardío, generaron una situación de violencia estructural donde la pobreza, la alienación, la corrupción generalizada y la crisis de representación por la falta de credibilidad de las figuras políticas, disminuyen la confianza de la ciudadanía en este régimen.

Frente a este panorama, se hace necesario indagar los vínculos entre el sistema económico y la administración política de los estados nacionales con el objeto de inferir saberes prácticos respecto de las formas de ejercicio de democracia y ciudadanía que son necesarios para la preservación de la dignidad de los individuos en el actual contexto de economía global de mercados.

Cabe entonces preguntarse: ¿cómo garantizar a la ciudadanía su competencia para participar democráticamente? Si participar antes que nada es “saber de qué se trata” ¿qué oportunidades tienen los ciudadanos de conocer el entramado económico-político por donde pasan las decisiones que nos son comunes como país? ¿qué vías de participación democrática, qué espacios de deliberación sobre asuntos públicos, se abren desde las instituciones existentes? ¿cómo transitar de formas democráticas representativas apropiadas a una ciudadanía a escala de estados nacionales modernos, a nuevas formas de participación que los procesos de cambio económico y político requerirían?

R. Dahl (1999) caracteriza la democracia como un sistema de gobierno donde todos sus miembros “*están cualificados para participar en el proceso de toma de decisiones sobre las políticas que se vayan a seguir*”, es decir como un sistema donde todos los miembros son considerados iguales a la hora de determinar las políticas de una determinada asociación o grupo social.

Un aspecto fundamental de la igualdad política es la competencia cívica, es decir el reconocimiento de que las personas son competentes para decidir sobre los bienes e intereses fundamentales para un grupo social y no tienen la necesidad de colocarse bajo la tutela de tutores supuestamente superiores en su conocimiento de lo que es el bienestar general y de los medios técnicos para alcanzarlo. Al respecto señala Dahl que delegar en expertos algunas decisiones secundarias no equivale a ceder el control final, ya que si bien en las decisiones sobre los fines que las políticas democráticas aspiran a alcanzar, intervienen saberes científico-técnicos, se requiere fundamentalmente un juicio ético. En efecto, los juicios sobre transacciones alternativas entre fines diferentes requieren evidencia empírica, pero “*para gobernar bien un estado, hace falta también incorruptibilidad, una firme resistencia*

* Publicado en *Violencia, Instituciones, Educación*, ediciones del ICALA, octubre de 2002 pp. 254-259.

*a todas las enormes tentaciones del poder, una continua e inflexible dedicación al bien público más que a los beneficios para uno mismo o para el propio grupo.*¹

Con estos señalamientos, el autor pone en primer plano la cuestión del poder y la necesidad de que sea el juicio práctico moral de los ciudadanos el que predomine a la hora de decidir sobre cómo alcanzar los fines referidos al bienestar de todos. Y es allí donde radica la esencia de la democracia en cuanto sistema donde somos nosotros mismos los que nos gobernamos. Ella implica aceptar que no hay persona o grupos o corporaciones definitivamente mejor capacitados como para dotarles de la autoridad total, sino que en principio se debe considerar a todo adulto como suficientemente capacitado para participar en el proceso democrático de gobierno del estado².

Para efectivizar la democracia, el autor establece cinco criterios indispensables: participación efectiva, igualdad de voto, comprensión ilustrada, control de la agenda e inclusión de los adultos.³ En una democracia a gran escala como son las de los países o estados nacionales modernos, estos criterios pueden ponerse en práctica a través de los fundamentales requisitos de: gobiernos representativos a través de cargos públicos electos por los ciudadanos; elecciones libres, imparciales y frecuentes; libertad de expresión que incluya la crítica de los cargos públicos, el régimen político, el orden socioeconómico y la ideología prevaleciente; acceso a fuentes alternativas de información; autonomía de las asociaciones, no sólo partidos políticos, sino grupos de interés independientes y ciudadanía inclusiva.⁴

Es sabido que si bien los gobiernos representativos aparecen como los más efectivos para ejercer la democracia en la actualidad, presentan límites importantes ya que *cuanto más ciudadanos contenga una unidad democrática, tanto menos podrán participar los ciudadanos directamente en las decisiones políticas y tanto más tendrán que delegar su autoridad sobre otros.*⁵ A la vez se plantea un dilema entre participación ciudadana y eficacia del sistema ya que la mayor capacidad de los representantes para resolver problemas importantes de la ciudadanía, justifica que los ciudadanos deleguen decisiones en ellos.

Pero, aunque en el mejor de los casos, la competencia técnica de los representantes políticos constituye una ventaja, tiene también un “lado oscuro” y hay un precio a pagar por la representación, ya que los ciudadanos: *Delegan autoridad no sólo en representantes electos, sino también, por un camino más indirecto e intrincado, en administradores, burócratas, funcionarios, jueces, y organizaciones internacionales que son todavía más lejanas. Junto a las*

¹ Ibidem, p. 85.

² Un triste ejemplo sobre esta diferenciación entre lo técnico y lo político fue expresada por un funcionario de nuestro país que, en los momentos críticos de fines de 2001 al ser llamado por el gobierno luego de algún tiempo de ausencia y, ante el cuestionamiento ético generalizado de su figura, alegó “me convocaron por mi inteligencia y no por mi prontuario” (Véase periódicos de fines de diciembre último)

³ Ibidem, ps. 86-92.

⁴ Ibidem, cap. VII, ps. 97-115

⁵ Ibidem, p. 127

instituciones de la democracia (...) se da un proceso no democrático: el regateo entre elites políticas y burocráticas. ⁶

Dahl sostiene que estas elites, si bien son mucho más poderosas que la ciudadanía corriente, no son despóticas. Pero, a la luz de los procesos de exclusión y violencia estructural ligados a esa conducta pública, habría que ver si no les cabe adjetivos más graves aún. Él mismo señala que en las negociaciones entre las elites políticas y burocráticas lo que más importa es el impacto de sus cruciales decisiones en los mercados internacionales.

En este punto Dahl argumenta sobre la posibilidad de que, así como la historia muestra la necesidad de pasar de las democracias de ciudades-estado (como las del mundo griego clásico y las repúblicas de Venecia y Florencia durante el Renacimiento) a las democracias representativas a escala de estados-nación, podría pensarse en el paso de éstas últimas a una democracia internacional. Se refiere a las dificultades para conseguir el control de tales instituciones internacionales, asegurar el debate público y controlar sus burocracias, supuesto que los líderes políticos tuviesen la voluntad de crearlas. Infiere por tanto, que sería altamente improbable democratizar las organizaciones internacionales. A cambio de esto, sugiere fortalecer la democracia de los países a nivel de sus unidades menores, tales como municipios, provincias o regiones, avanzando desde estos niveles al control de las elites negociadoras, las cuales tendrían que dar cuenta a la ciudadanía de sus decisiones.

¿Qué modelo de ciencia económica subyace a estos análisis? La exposición de Dahl se mueve en el planteo de situaciones dilemáticas que entendemos provienen de algunos supuestos que es preciso explicitar. Nos es útil para ello, adentrarnos en el análisis de la economía desde un enfoque histórico-crítico que recupere el perfil humano y social de esta ciencia.

Los economistas clásicos pensaron la economía como actividad íntimamente ligada a la concepción de hombre y a los valores morales, tal como se observa en los análisis económico-políticos y económico-filosóficos de autores como A. Smith y C. Marx, por mencionar paradigmas diferentes. A partir de la doctrina neoclásica de fines del siglo XIX, la economía se separa de la política y trabaja con *modelos* matemáticos dejando como implícito el supuesto antropológico de que la desigual distribución de la riqueza se debería en gran medida a los distintos grados de inteligencia, talento, energía y ambición de las personas. También subyace el postulado de creencia según el cual un sistema de mercados competitivos, en lo posible sin intervención del estado, brindaría un equilibrio *natural* en los precios, en los mercados financieros y en el mercado de trabajo.

Con la separación, hacia mediados del pasado siglo, de la Política como saber práctico-filosófico, y su constitución como ciencia independiente bajo el modelo de las ciencias naturales, tenemos los elementos fundamentales que explican la dificultad de abordar los problemas económicos y políticos como dimensiones profundamente articuladas de un mismo problema ⁷.

⁶ Ibidem, p. 131

⁷ Un tratamiento pormenorizado sobre la especificidad del conocimiento humano, puede hallarse en nuestra publicación *Epistemología y Ciencia Educativa*, E.F.E., Mendoza, 2002.

Creemos que los análisis de Dahl tienen como referentes teóricos una economía separada de la matriz filosófica a que hacemos referencia. De allí los dilemas insalvables que ve entre la democracia y el capitalismo. Una economía de mercados es a su criterio una condición altamente favorable para la democracia: *aquel sistema en el que incontables decisiones económicas se toman por innumerables actores independientes y en competencia, todos ellos actuando desde un interés propio bastante estrecho y guiados por la información que proporciona el mercado, es un sistema que produce bienes y servicios de forma mucho más eficiente que cualquiera otra alternativa conocida.* ⁸ Por el contrario, una economía administrada desde el gobierno central y no por el mercado, además de los problemas de planificación que plantea, presenta el riesgo de degenerar en regímenes autoritarios; envía a los líderes del gobierno –dice Dahl– el mensaje *sois libres de utilizar todos estos recursos económicos para consolidar y mantener vuestro poder.*

Ahora bien, en la economía de mercados los actores económicos al no tener la necesidad de aspirar a objetivos amplios, nobles y ambiguos como el bienestar general o el bien público, olvidan inevitablemente el bienestar general. El mercado, entonces, produce daño y desigualdad, haciéndose imprescindible la intervención del estado para disminuir los efectos perjudiciales. La democracia será así imposible de realizar porque los individuos dañados económicamente, no podrán ser iguales políticamente. Dahl compara este mal necesario en la convivencia de capitalismo y democracia como *dos personas unidas en un tempestuoso matrimonio dividido por el conflicto, pero que no desean separarse* (p. 187).

Creemos fundamental pensar en una democracia que considere a los ciudadanos como competentes no sólo para controlar agendas públicas sobredeterminadas por un sistema económico naturalizado, sino sobre todo competentes para analizar información sobre decisiones técnicas tomadas por las elites y ejercer juicio práctico desde una posición probablemente más objetiva que los actores técnicos directamente involucrados.

Los análisis económicos de las diferentes fases del capitalismo en base al lugar que se da en él al trabajo productivo, la vitalidad de la economía y el interés por el Bien Común, desnaturalizan esta fatalidad que se observa en los análisis neoliberales. W. Dierckxsens sostiene que *para poder abordar críticamente cómo el libre juego de mercado en la era de la globalización se aleja del Bien Común, es necesario desarrollar una concepción de la economía que incorpore a la vez la política y la ética* ⁹.

El autor observa que A. Smith con su argumentación de que una mano invisible podría articular los intereses privados hacia el bien general, abre paso a que se abandone la economía sustantiva donde se discute la racionalidad económica. El modo como la sociedad reproduce la vida en los marcos de determinadas relaciones sociales no aparecen como producto humano para la reproducción de la

⁸ Dahl, 1999: 188

⁹ Wim Dierckxsens (1998): *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía*, Departamento Ecuménico de Publicaciones, San José de Costa Rica

vida, sino que se reifican. De este modo toda crítica a la racionalidad económica imperante es considerada exterior a la ciencia y al debate económico.

Para Dierckxsens una racionalidad económica apropiada se basa en el Bien Común **de la totalidad** y no de los intereses privados. La eficiencia a nivel de totalidad constituye la *vitalidad* del sistema y su propósito es la reproducción de las condiciones de producción mediante las distintas formas de trabajo productivo. Mientras el trabajo productivo por el contenido genera riqueza social, el trabajo productivo por la forma, distribuye riqueza a través del comercio, la banca, bolsa de valores, etc. Un trabajo productivo por el contenido, como educar a los niños, producir cosas para el consumo familiar, etc, puede ser productivo o improductivo por la forma, es decir, según se realice en el campo de los intercambios monetarios o en el seno del hogar. El fundamento del desprecio por el trabajo productivo no pagado y la actitud depredadora del medio ambiente en las fases anteriores del capitalismo, se halla en que, lo que es riqueza social desde la óptica del contenido, no se toma en cuenta en la contabilidad social.¹⁰ Tanto la naturaleza, que se reproduciría por sí misma, como la vida del trabajador, que se reproduce en el seno de las relaciones afectivas del hogar, no tienen valor en una economía monetarizada. Esto lo había notado ya el viejo Marx, cuando se refiere a la enajenación del trabajo en el capitalismo y al valor de uso, valor de cambio y plusvalía.¹¹

Dierckxsens analiza desde estas categorías dos momentos claves de la economía a partir de mediados del siglo XX:

* El período del Estado de Bienestar se caracterizó por la inversión en el trabajo productivo y condujo al crecimiento económico, optando por la vitalidad del sistema. Desde el punto de vista político, dio lugar a una progresiva inclusión social y a la intervención de la clase trabajadora en las negociaciones respecto al contrato social. Por otro lado, hay que señalar cierto descuido en el control de la eficiencia de la empresa individual.

* A partir de los setenta, y por diferentes motivos que no profundizaremos aquí, las inversiones tienden a abandonar la esfera productiva y adquieren un carácter más transnacional. Esta tendencia se manifiesta por medio de la integración del capital financiero a nivel internacional, las inversiones directas del extranjero en los distintos países y su desplazamiento hacia los sectores improductivos. Desde el punto de vista político, este proceso implicó el fin del estado intervencionista y por lo tanto el fin de la inclusión ciudadana y del rol negociador de algunos sectores sociales.

Si analizamos este proceso desde la perspectiva de la vitalidad, se advierte su languidez. Por ejemplo, las inversiones directas del extranjero consisten en adquisiciones de empresas con mercado y clientelas ya existentes que no fomentan la creación de riqueza, sino que la concentran¹². Para mejorar sus ganancias, las empresas piden beneficios como flexibilización de las condiciones salariales, de la contratación y el despido y privatización de actividades del estado. En medio de una economía que apenas crece debido a la inversión en trabajo improductivo por su

¹⁰ Ibidem, ps. 33-34

¹¹ Véase los Manuscritos Económico-filosóficos y El Capital

¹² Ibidem, p. 82

contenido, las empresas buscan maximizar los beneficios, quieren más mercado y menos estado, olvidando que muchas de las empresas estatales privatizadas, difícilmente hubiesen podido ser desarrolladas por el capital individual en otros tiempos (el autor cita como ejemplo las líneas aéreas y las telecomunicaciones)¹³. Estas privatizaciones, regateadas en sus precios a los estados nacionales, a veces se adquieren con la propia deuda pública, bajo la promesa de que se recuperará la economía.

Por otro lado, el pasaje del estado nacional intervencionista a la economía global de mercado estuvo afectado por el problema del deterioro de la capacidad de reproducción de los recursos naturales. El despilfarro de la naturaleza y la contaminación del medio ambiente no fue considerado como una pérdida de riqueza en las primeras fases del capitalismo, sino como una ganancia, ya que por la expansión internacional, las empresas de las naciones líderes del período neocolonial se fueron apropiando de los recursos naturales de los diferentes ecosistemas del planeta. A la explotación extensiva se añade la explotación intensiva que induce a una renovación de recursos naturales limitados. Con este proceso se irán aumentando los precios de las materias primas y de las mercaderías en general, originándose la discusión ecológica: *Cuando la regeneración de los recursos naturales finitos o de los recursos bióticos requiere ritmos más lentos que los impuestos por la reproducción ampliada del capital, se genera un desequilibrio entre ambos procesos de reproducción... [que] produce una tendencial necesidad de conservar la naturaleza cuando ésta ya no puede ser sustituida*¹⁴.

En ese contexto de escasez de recursos naturales, a partir de los setenta se retoma el principio de la economía neoclásica que creaba un nuevo mercado al dar un precio al medio ambiente: *Paradójicamente, el mismo capital que ha generado la crisis ambiental se beneficia de ella a partir de la política ambiental...* dice Dierckxsens, citando a H. Verhagen¹⁵.

Así, las empresas transnacionales se convierten en lo que el autor designa como Estados Privados sin Ciudadanos, que no rinden cuenta a nadie y tienen poder para subordinar a gran número de estados nación. *Estos Estados Privados sin Ciudadanos ni fronteras, en su mortal rivalidad por el mercado sacrifican recursos naturales y humanos, sin mayor consideración y sin precedentes en la historia*¹⁶.

La ciudadanía adquiere así el carácter más alienante de la historia del capitalismo, pues ante la creciente pérdida de derechos, el ciudadano no se identifica con un contrato social de compromisos con un determinado estado, sino que tendría que comprometerse con un mercado abstracto, crecientemente exclusor.

¿Qué cosas podrían recrear los vínculos de identificación a una comunidad en Occidente? Para Dierckxsens un aporte fundamental es recuperar pautas de confianza, solidaridad y lealtad que no se derivan de la teoría de las decisiones racionales del homo oeconomicus, calculador perfecto de sus preferencias. Estas se

¹³ En realidad, quieren una intervención del estado a su favor.

¹⁴ Ibidem, p. 53

¹⁵ Ibidem, p. 54

¹⁶ Goldsmith, 1996:19, Citado por Dierckxsens, p. 140

encontrarían en el trabajo no pagado y en las sociedades sin fines de lucro de la sociedad civil. El capitalismo, dice, *se alimentó como un vampiro de las relaciones no capitalistas y luego de destruidas, el sistema carece de capacidad para crearlas*¹⁷ Observa que el financiamiento a ONGs e instituciones sin fines de lucro para restaurar la ciudadanía, no da resultados, porque al pretender trocar compromiso, solidaridad e identidad por recompensas monetarias, se da lugar a la aparición no ya de ‘elites’ negociadoras, sino a oportunistas de todo tipo. Nuestro país es testigo de estas ‘contaminaciones’, cuando vemos cómo los fondos destinados a programas asistenciales, sólo en un escaso margen (el 11% según cifras oficiales) llega a los destinatarios.

Para superar esta situación W. Dierckxsens propone superar los errores del estado intervencionista y del neoliberalismo mediante una redefinición de la intervención del Estado. El estado interveniconista keynesiano apostó a que si el todo funciona con vitalidad, serán eficientes cada una de sus partes. El neoliberalismo apuesta a que la eficiencia de cada una de las partes dará como resultado la vitalidad del sistema en su conjunto: *Para poder mejorar su estado actual, la empresa individual ha de operar de forma eficiente, pero para mejorar el sistema económico como un todo, no es necesario actuar de forma eficiente sino con vitalidad. La vitalidad está relacionada con la reproducción de la economía real y la construcción del mundo futuro en torno a seres vivos con necesidades concretas, en tanto que la eficiencia suele conducir a la destrucción del todo.*¹⁸.

CONCLUSIONES:

Rescatamos de Dahl el valor dado a la competencia de los ciudadanos para decidir intereses y bienes comunes a un grupo social.

Frente a los dilemas entre democracia y capitalismo que plantea, creemos que ellos se derivan del modelo de ciencia económica que subyace en su discurso: una disciplina abstraída de las dimensiones política y ética propias de toda teoría de hechos humanos. Bajo el matrimonio conflictivo que ve Dahl entre la democracia y el capitalismo, hay una fragmentación de las dimensiones teórica y práctica propias de una ciencia humana.

En este aspecto, creemos oportuno rescatar los planteos de S. Dierckxsens desde un enfoque económico que rescata la especificidad de la economía como ciencia humana y social. Esto se advierte en su análisis sobre el Estado de Bienestar y el estado mínimo de la economía global de mercados desde las categorías de trabajo productivo, vitalidad de la totalidad y eficiencia de la empresa individual. La idea de que la eficiencia individual no asegura el Bien Común, conduce a pensar que éste se vincula con la vitalidad de la economía y con la creación de riqueza que satisfaga las necesidades de seres vivos den base a distintas formas de trabajo, incluyendo aquellas que el mercado al no ser monetarizadas, deja afuera.

¹⁷ Ibidem, p. 146

¹⁸ Ibidem, p. 158

Desde esta perspectiva es oportuno repensar al ciudadano ya no como un sujeto de los derechos otorgados por el mercado, sino como un sujeto que recrea lazos en la sociedad civil mediante el rescate de la solidaridad, la identidad y el compromiso y recrea la democracia de participación directa en las asociaciones existentes en la medida que ello es posible o en asociaciones o instituciones alternativas. Creemos que esta línea de análisis es orientadora respecto de por dónde debe pasar la comprensión ilustrada de los ciudadanos en una economía posnacional.

BIBLIOGRAFÍA:

- R. Dahl (1999): *La democracia. Una guía para ciudadanos*, Buenos Aires, Taurus
- W. Dierckxsens (1998): *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía*, San José de Costa Rica, Departamento Ecuménico de Publicaciones
- K. Marx (1983): *Manuscritos económico-filosóficos*, México, F.C.E.
- K. Marx (1983): *El Capital: Crítica de la Economía Política*, Buenos Aires, Cartago.

DEMOCRACIA Y COMPETENCIA CÍVICA EN TIEMPOS
DE ECONOMÍAS POSNACIONALES

Sección 3

Lic. Delia Albarracín

Facultad de Educación Elemental y Especial, UNCuyo, Mendoza

Cuyo 955- Barrio Sob. Nacional-5500- Mendoza

T.E.: 0261-4291550 - e-mail: delialba@uncu.edu.ar

Resumen

En las últimas décadas del siglo XX la democracia consolidó ampliamente su legitimidad frente a otras formas de gobierno. Sin embargo las dificultades de los países para afrontar los problemas que trae aparejados la economía global de mercados, generaron una situación de violencia estructural donde la pobreza, la alienación, la corrupción generalizada y la crisis de representación, disminuyen la confianza de la ciudadanía en este régimen.

Realizamos un análisis de los vínculos entre el sistema económico y la administración política de los estados nacionales con el objeto de inferir saberes prácticos respecto de las formas de ejercicio de democracia y ciudadanía necesarios para la preservación de la dignidad de los individuos en el actual contexto de economía global de mercados.